

cupa tan sólo de aplicar ciertos procedimientos de estilo, de hacer prevalecer ciertos sistemas de versificación; el que en lugar del amor á la verdad, se inquieta únicamente con la prosodia y el ritmo y los secretos del arte; el que busca en el extranjero el objeto preferente de sus doctas composiciones, y en lugar de mirar alrededor de sí, ó mejor todavía, en sí mismo, pasea á través de todos los países, y en todas las lenguas, su curiosidad aventurera; el que prefiere el ingenio al alma, lo nuevo, lo bello y lo fino, á lo natural y á lo sencillo, ese, cualquiera que sea la literatura á que pertenezca, es un alejandrino.»

«Contar en tiempo de César las más oscuras fábulas de la literatura griega; atribuir, como Lucrecio, á un héroe de Homero ó de Esquilo el lenguaje de un declamador y las sutilezas de la filosofía estoica; consagrar con Ronsard á Casandra ó á Helena volúmenes enteros de sonetos amorosos, donde el amor tiene menos parte que Cupido; resucitar, por medio de un esfuerzo de imaginación, en nuestra Francia moderna, la edad media ó la antigüedad; pintar en versos laboriosos la Persia, la China ó el Japón; hacer, en fin, de la poesía un trabajo, cuyas maravillas puedan comprender únicamente las gentes del oficio, es ser un alejandrino.»

La poesía alejandrina fué más bien erudita que espontánea; cantó las más oscuras leyendas de la Mitología griega, y los mitos menos conocidos y menos

populares de la antigüedad clásica; el lenguaje era más bien rebuscado que sencillo; la idea más imaginativa que emocional; la forma castigada, pero no fácil, más bien simétrica que graciosa. En vez de inspirarse en sentimientos reales, prefirió los ficticios y, por evitar lo que pudiera considerarse como un lugar común, cayó en un convencionalismo tan falso como exagerado.

La poesía alejandrina no fué humana, porque no cantó las pasiones é ideales de los hombres; deificó á la mujer cuando contó en largos poemas los amores célebres y mitológicos; pero no pudo ofrecer á la eterna dueña del corazón del hombre, sino un amor seco y frío en vez del que arde y se consume devorado por su propia llama; aduló á los poderosos, poniendo la inspiración al servicio de la lisonja cortesana, que es tanto menos levantada cuanto es menos sincera; y, en fin, hubo de distinguirse por la puerilidad romancesca del asunto, por la erudición tan pedante como frívola, por la falta absoluta de sentimiento y por la forma, más que elegante, laboriosa, aunque artísticamente trabajada.

Los poetas alejandrinos en el mundo griego, faltos de inspiración, nos dejaron, como sus mejores modelos, la poesía didáctica; y Nicandro de Colofón, Arato y Calímaco, cantaron la Botánica y la Etnografía, la Astronomía y la Zoología.

Cuando quisieron celebrar la historia de los pue-

blos de la Grecia, hicieron poemas como las Acaicas y las Tesalianas de Rhiano, como la Hécale de Calímaco, la Alejandra de Licofrón y el Dionisos de Euforión; y sus imitadores en Roma, al igual de los maestros, buscaron inspiración en los asuntos más olvidados de la Mitología, y Cinna cantó, en su famoso poema Esmirna, la leyenda de Mirra enamorada de su padre, y Calvo consagró un poema á Io la vagabunda, y Cornificio refirió los amores de Glauco, y Cecilio celebró el culto de la Diosa de Dindimea.

Ahora bien, ¿qué tiene toda esta literatura de común con Catulo? ¿Por qué ha de considerársele como un sectario del alejandrino, como el poeta ideal de una literatura en decadencia?

No en su pedantería, dice Ellis,¹ porque no tiene trazas de ella; no en su obscuridad, porque muy raras veces es obscuro; no en la elección escrupulosa de expresiones poco oportunas, porque todo lo que dice es sencillo y claro; no en su orientalismo, porque, como Mommsen lo ha dicho, aunque sus poemas muchas veces nos llevan hasta los valles del Nilo, prefiere habitar en su Padus nativo; no en su helenismo cosmopolita, que descuidado de su autonomía individual, se preocupa tan sólo de ejercer influencia sobre el mundo, porque jamás olvida que es un italiano, un veronés y, sobre todo, un ciudadano romano; no en la

¹ Robinson Ellis. Obra cit., pág. XL.

adulación para con los poderosos, porque nunca se siente más feliz que cuando censura, ya á los nobles indignos, ora á César; no en el tono de sus poesías amorosas, porque, con muy ligeras excepciones, no expresa, á la manera de Teócrito, un sentimentalismo que se alimenta con el pensamiento del objeto amado y se contenta á medias con su sombra, cuando la realidad se ha desvanecido, sino más bien el sentimiento de la alegría de vivir, el deleite sensual del amor presente y palpable, la melancolía que acompaña á la idea de la muerte, y los varios episodios de la vida del amante, sus enojos, sus reproches, su reconciliación y su desesperación.

Es verdad que Catulo tradujo la *Coma Berenices* de Calímaco; es cierto que si su cuento épico de Tetis y Peleo, no es la traducción de algún original griego, todo el mundo está de acuerdo hoy en que es enteramente alejandrino por su fondo y por su forma, aun cuando en la ejecución no se hubiera propuesto seguir determinado modelo; pero, en cambio, no son estos poemas aislados los que de él hacen el gran poeta lírico de la República, ni los que han presentado los rasgos característicos de su genio.

Catulo es un poeta espontáneo y fácil. Cantó el amor; pero el amor humano, el que vuela en la juventud con las alas de todos los anhelos, como mariposa alrededor de las flores llenas de miel; el que se enrosca en el corazón del hombre como áspid venenoso in-

filtrando su ponzoña letal; el que se embriaga y deleita con todas las satisfacciones, si logra desarrollarse y vivir al calor del regazo del objeto amado, y el que estalla en imprecaciones de odio y de ira cuando la traición lo sorprende y el olvido le da la muerte.

Catulo es un poeta enemigo de los poderosos, y censuró á sus enemigos con el epigrama cáustico, con la diatriba franca, con el insulto procaz; pero con la sinceridad en la expresión, con la lealtad en el ataque.

Catulo es un poeta esencialmente romano; entonó himnos á Diana para que la Diosa derramara sobre el pueblo de Roma, á manos llenas, toda clase de dichas y de bienes, y celebró con cantos nupciales el matrimonio de sus amigos, siendo antes que todo poeta latino en la explicación técnica de las ceremonias y, por por último, apartándose de sus antecesores, enaltecíó en muchos de sus poemas, uno de los más nobles sentimientos humanos: la amistad, que es el único sentimiento que, si iguala en intensidad al amor, es superior á él porque está libre de todas las impurezas de la pasión sexual.

Para expresar mejor todavía el concepto general que debe uno formarse de Catulo y que lo diferencia de los poetas alejandrinos, debemos decir con Ellis:¹ «Catulo es el único poeta romano en quien la Naturaleza y el arte se unieron tan felizmente, que perdemos

¹ Robinson Ellis. Obra cit., XXXIX.

una y otra de vista en la perfección del conjunto que de la unión resulta.»

«Al revés de Lucrecio, nunca deja de ser un poeta, aun cuando hable con el lenguaje de la prosa; y, al revés de Horacio y de Virgilio, siempre es un artista, aun cuando tenga menos conciencia del arte.»

«En verdad, si comparamos á Catulo con Horacio, su único rival entre los poetas líricos, no podremos negarle la ventaja en la comparación. Horacio, en sus esfuerzos más felices, siempre deja una impresión de trabajo, y, en cambio, nada es tan encantador en Catulo como su perfecta espontaneidad. Horacio parece escribir siempre con un plan preconcebido. En Catulo las ideas se suceden las unas á las otras como nos las pudiéramos imaginar brotando de la mente del poeta.»

«Cuando Horacio copia á Alceo ó á Píndaro, el hurto es palpable, á veces por el mismo cuidado que pone en apropiarse la idea; y Catulo, aun cuando traduce literalmente, trasfunde su propia naturaleza en las palabras y permanece tan romano y tan latino como antes.»

Catulo, pues, ni es ni puede ser un poeta alejandrino; porque nadie como él es poeta sencillo, claro y espontáneo, y porque ninguno como él es el poeta de su patria y de su tiempo.